

# IV ENCUENTROS BRUMA NEGRA

## 4 GARREN LANBRO BELTZA TOPAKETA

24 - 25 DE JUNIO DE 2016 / 2016KO EKAINAK 24 - 25

# Plentzia Beltza



Organizadores / Antolatzaileak:

Ayuntamiento de Plentzia  
Plentziako udala

Calibre 38: Novela, cine, cómic...

Fotografía / Argazkia: Miguel Ángel Sánchez

Diseño gráfico / Diseinu grafikoa: María Barasorda

Colaboradores:  
Kolaboratzaileak:



Unbe  
Kostako  
Behargintza

# **IV Concurso Internacional de Relato Bruma Negra**

**(modalidad castellano)**

**Convoca: Ayuntamiento de la Villa de Plentzia**

**Organiza: Revista Calibre .38**

El jurado del IV Concurso Internacional de Relato Bruma Negra (modalidad castellano) convocado por el Ayuntamiento de la Villa de Plentzia, compuesto por Juan Mari Barasorda, Javier Abasolo, Susana López, Laura Balagué y Ricardo Bosque, este último en condición de presidente del mismo, ha decidido otorgar el primer premio a David Mangana Gómez por su relato «Toque personal», presentado con el seudónimo Juan Virto. Los otros cuatro autores y relatos finalistas han sido :

«Smoke gets in your eyes», de José López Cuéllar

«Mona Lisa», de Óscar Fernández Carballido

«Seres invisibles», de Mila Martínez Giner

«La niebla», de Javier Beotegui Zubizarreta

En Plentzia (Bizkaia), a 26 de junio de 2016

## Índice

Toque personal. David Mangana Gómez	5
Smoke gets in your eyes. José López Cuéllar	21
Mona Lisa. Óscar Fernández Carballedo	33
Seres invisibles. Mila Martínez Giner	45
La niebla. Javier Beotegui Zubizarreta	57

# Toque personal

David Mangana Gómez

Cuando abrí el correo electrónico, me pregunté por enésima vez si era necesario mantener alquilado el despacho. No es que sea un romántico, pero todo tiene un límite.

El mensaje había llegado de madrugada.

“Estimado señor Ávila. Mi nombre es Adela González y me pongo en contacto con usted para encargarle un ‘caso’ (no sé si es correcto llamarlo así). Iré al grano, si no le importa, porque corre prisa.

Desde hace tres años, la tumba de mi suegro, Ignacio Pérez Martioda, viene siendo atacada cada mes de marzo, sufriendo numerosos destrozos que conllevan para mi marido y para mí una creciente preocupación, además de los consiguientes gastos. Ni la policía ni los responsables del cementerio de Santa Isabel, donde descansa su cuerpo, han logrado nunca dar con el/los causantes de

los destrozos. Desconozco si mi suegro tenía algún enemigo, aunque, debido a su trabajo en el cuerpo de policía, además en la sección de antidisturbios, supongo que es más que probable. Hoy (cuando usted lea estas líneas, supongo) comienza el mes de marzo, así que le ruego que investigue quién está detrás de estos ataques, para ver si podemos acabar con esta pesadilla.

Le acabo de ingresar en la cuenta que aparece en su web el pago de una semana de trabajo por adelantado, siguiendo sus tarifas más IVA. Si no acepta el ‘caso’, le ruego me devuelva el dinero a la cuenta de origen. En caso de que sí lo haga, lo que espero encarecidamente, le pido evite todo contacto con mi marido. Este tema le altera sobremanera, y no creo que estuviera de acuerdo con contratar sus servicios. La idea se me ha ocurrido esta misma noche de domingo, y por eso le escribo a estas tardías horas, cuando él ya duerme.

Quedo a la espera de su respuesta. Gracias de antemano.

P.D.: La tumba se encuentra en la calle San Mateo del cementerio”.

Pulsé la tecla de responder. Al instante, deshice la orden. Entré en mi cuenta bancaria, aunque estaba seguro de que el dinero estaba ahí, y de que iba a aceptar el ‘caso’, más que nada porque no tenía ningún otro. Una agradable tranquilidad me envolvió al comprobar que mi saldo alcanzaba los cuatro dígitos. Era más

habitual que bajara a dos.

Me levanté, cogí la cazadora y salí del despacho dejando atrás mi nombre, enmarcado en el polvoriento título académico y serigrafiado en el cristal de la puerta. Todo detalles inútiles. Los últimos cuatro casos habían llegado por correo electrónico. Nada de mujeres fatales atravesando al umbral con mi nombre en sus labios. Nada de hombres misteriosos ocultando mentiras al otro lado del escritorio. A la mierda el toque personal. Me estaba convirtiendo poco a poco en un e-mail con patas. Aunque Ávila me proporcionaba muchos clientes con su privilegiada situación alfabética en el listín, en realidad me iba transformando poco a poco, como todos, en una arroba.

Si la lápida de Ignacio Pérez Martioda había sufrido reiterados destrozos anuales, desde luego habían hecho un buen trabajo. Lucía impecable, más incluso que la de su mujer, que yacía a su lado acumulando humedades y unas flores algo ajadas a pesar de la primavera cercana. Ninguna de las dos, sin embargo, tenía nada de particular, dos sepulturas comunes, de mármol, ejerciendo junto al resto como telón de fondo al rancio abolengo de los panteones.

Ignacio Pérez Martioda había fallecido cuatro años antes, en diciembre, ese mes letal para la vejez, y Cristina Adana

Fernández, su mujer, le había seguido al septiembre siguiente. ¿Habría muerto, como solía decirse, de pena? Con el tiempo, he comprobado que esa patología no diagnosticada, el amor, es uno de los asesinos más implacables.

Me había costado encontrarles. De hecho, había tenido que preguntar a un jardinero del cementerio por la calle San Mateo, que trazaba una gran recta dividiéndolo por la mitad. Tras apuntar las fechas de defunción, tomé el camino de vuelta hacia el pórtico principal, aunque cinco entradas más se repartían por el camposanto. Santa Isabel sirve como atajo a los vecinos en su día a día. Más de una vez aparecía en el periódico que un abuelo despistado se quedaba encerrado tras la hora de cierre.

Como decía mi madre, “casa con dos puertas, mala es de guardar”.

Al acordarme de ella, me detuve, oteé entre las lápidas, y tomé un camino a la izquierda. Nunca me había fijado que mis padres descansaban en la Avenida Gasteiz, según rezaba el cartel del cruce. Simplemente sabía el lugar que ocupaban en esa urbe en miniatura, con nombres de calles gemelos a los de la ciudad, con pisos subterráneos de más vecinos que cualquier rascacielos.

Siempre habrá más muertos que vivos.

Sus lápidas me parecieron dos fichas de dominó gigantes.

Arranqué algunos hierbajos y eché de menos el vinagre para



abrillantar las placas. No estaban tan sucias. Sus nombres se leían bastante bien. Mi madre, visita semanal, había mantenido impoluta la tumba de mi padre hasta que murió. Mi hermana le había tomado el relevo, no tan a menudo, pero más allá del protocolo de Todos los Santos.

Me quedé en silencio. Cuando noté que la quietud comenzaba a contagiarme, tomé el camino de vuelta, cruzándome con cinco regaderas azules, que descansaban en una balda metálica protegidas con sendos candados de moneda.

¿Acaso la gente las robaba? Qué miserables llegamos a ser.

—¿Has encontrado el sitio? —escuché tras de mí.

—Sin problema, gracias —respondí al jardinero, sin poder evitar fijarme en la pequeña A, rodeada por un círculo, que descansaba en el pin de su pecho.

Como de costumbre, no había aparcamiento cerca del registro civil. Pero, como había vendido el coche, no era mi problema. Tras un rato de pelea burocrática que movilizó las protestas de tres funcionarios, conseguí los datos. Cristina e Ignacio no habían tenido más propiedades que su casa, y sólo habían traído al mundo un hijo, Miguel. El folio con sus datos básicos resultaba eso, demasiado básico, así que, aunque siempre trataba de evitar molestarle, llamé a Sebas.

—¿Puedes mirarme una cosa? —pregunté, retórico, tras una breve puesta al día de nuestras vidas.

—Ya sabía yo que un lunes no me llamabas para ver qué tal.

—Me acuerdo de ti... Siempre.

—Suéltalo ya.

Le di el nombre.

—Era madero, como tú —le informé—, pero de los que repartían leña.

—¿Y qué quieres que haga?

—Lo que puedas. Pero, sobre todo, mira si tuvo relación con el 3 de marzo.

—¿En qué andas? —bajó la voz—. ¿Los obreros asesinados?

—Aún no lo sé.

—No sé si voy a poder...

—Confío en ti. Incluso un lunes —colgué, movilizándolo al cuarto funcionario.

Volví paseando al despacho, tentado de fracasar en mi propósito navideño y comprar un paquete de rubio. Ya había aguantado dos meses, y el nativo americano que llevo dentro no dejaba ni un solo día de añorar la ausencia de humo en el horizonte. Mi despacho sin ventana lo agradecía. Cuando acabé de contar hasta veinte ya estaba en él, sentado ante el ordenador y cediendo a las

pautas de la investigación moderna. Escribí ‘ataque, ‘lápida’, ‘santa’ e ‘isabel’ en el buscador y, en la segunda página, encontré la noticia:

‘Atacan una tumba en el cementerio de Santa Isabel’.

Era una crónica escueta, escrita el 3 de marzo del año anterior. Apenas contenía información, apuntando al anónimo vandalismo como culpable. Volví a leer el correo de Adela y apreté la tecla de responder. Todavía no había aceptado el ‘caso’.

Pero de nuevo, di marcha atrás.

Con o sin nicotina, aquello olía mal.

Esperaría noticias de Sebas. Mi respuesta también podía hacerlo.

Me equivoco a menudo. Más de una vez al día. Creo que más de siete, tantas como golpes podían contarse en la lápida. Ante mi silencio, Adela había tomado de nuevo la palabra, con un mensaje que había llegado al día siguiente, también de buena mañana.

“No sé si vio mi mail de ayer, pero ha vuelto a ocurrir. Nos acaban de avisar de que han atacado la tumba de mi suegro. Un hombre salió huyendo cuando trataron de detenerle. Le ruego respuesta o le llamaré al mediodía, nada más salir del trabajo. Hasta entonces no podré hablar con tranquilidad. Gracias”.

Era hora de contribuir al diálogo.

“Acepto el caso. Disculpe la tardanza de mi respuesta. Ayer estuve ocupado”, había mentido —otra disciplina que ejercito a diario— antes de salir corriendo hacia Santa Isabel.

—¿Eres de la familia? —escuché a mi lado.

El pin anarquista seguía en la pechera del jardinero, las manos apoyadas en un rastrillo.

—Me envían ellos. ¿Qué ha pasado?

—Un tipo entró por la noche. O se escondió ayer al cerrar, no lo sabemos. El vigilante escuchó ruidos sobre las once, y cuando se acercó estaba ya saltando la valla, pero no pudo verle bien. Aquí la bruma arraiga con facilidad.

Sus ojos escrutaban mi cara. Sospechaba de mí y no le culpé. Concedí con la cabeza y ambos volvimos la mirada hacia la lápida. El borde superior estaba hecho pedazos, como mordisqueado por una gran boca.

—¿Por dónde saltó? —pregunté.

Volvió a mirarme y señaló al fin un recodo de la verja, antes de levantar el rastrillo y colgarlo de su hombro, a modo de rifle.

—Mañana vendrán a arreglarla. Los muertos dan más problemas que los vivos —dijo, mientras se alejaba en dirección a las tumbas de mis padres. No iba a hablar de mí con la policía.

Ya lo había hecho.

La verja se sustentaba sobre un murete de piedra. Las ramas de los árboles más antiguos cruzaban los barrotes tratando de huir hacia la calle. Al pie del pretil descubrí una huella de apoyo, y rastros de tierra en dos listones. No era una verja excesivamente alta. Cualquiera en mediana forma física podía superarla sin problema.

Retorné a las tumbas de Ignacio y Cristina. Antes de llegar el jardinero, había notado que algo aparte de los golpes había cambiado. La idea lamía la punta de mi cerebro, incapaz de filtrar sinapsis. Tenía que haber tomado unas fotografías el día anterior, pero la tarea documental nunca ha sido mi fuerte. A apenas unos metros, de repente, algo llamó mi atención. Me acerqué y fue entonces cuando recordé qué era lo que me había hecho destacar en la academia.

Mi móvil sonó.

—Ese Ignacio era un auténtico hijo de puta —saludó Sebas.

—Bongiorno.

—Estuvo en lo del 3 de marzo.

—No te pago por lo obvio.

—¡Pero si no me pagas! —protestó.

Sonreí.

—¿Te cuento o no?

—Sí —dije—, pero antes hazme otro favor.

Guardé el papel con la dirección en el bolsillo. El taller parecía vacío, pero, tras un todoterreno, entreví una cabeza agachada. De camino hacia ella, conté hasta seis herramientas que podían haber servido para tunear la lápida de Ignacio Pérez Martioda. Aspiré el olor a gasolina, uno de mis preferidos, y pronuncié el nombre.

—¿Miguel Pérez Adana?

Se incorporó lentamente y se volvió hacia mí, sin decir nada. No tenía cara de querer hacerlo. Cuando me presenté, señaló una pequeña oficina que, repleta de albaranes, me pareció bastante más útil que la mía.

—Detective... —repitió tras sentarse—. Ya me han llamado sus compañeros.

—No soy de la policía. Me contrató su mujer, Adela...

Me observó como pensé que haría con una bujía.

—...Pero creo que no le interesa que hable con ella.

Era martes, pero Miguel tenía cara de lunes eterno.

—Le escucho —dijo, subrayando lo obvio.

—Me encargó que investigara quién ataca la tumba de su padre...

—dejé la pausa más o menos adecuada—. Pero no creo que quiera saber que es usted.

No tardó en responder.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es así.

—Mi padre no era un santo. Tenía muchos enemigos.

—Estoy seguro de que sí. Ya sé que era bastante conocido. Incluso tenía un mote en el mundo sindical...El carnicero.

Su sonrisa, aunque amarga, me tomó por sorpresa.

—Me está dando la razón. Cualquiera ha podido hacerlo —dijo Miguel.

No me lo ponía nada fácil.

—Muchas personas tendrían ganas, estoy seguro, pero no creo que nadie, antes de repartir martillazos, se dedique a regar las flores de su madre, que hoy estaban espléndidas. Y tampoco creo que nadie supiera, aparte de usted o su mujer, que sus padres se casaron un 2 de marzo.

La sonrisa de Miguel se tornó mueca. Los datos no son mi fuerte, desde luego, si no habría prestado más atención a los papeles del registro civil. Menos mal que compenso esa ineptitud con el don de la intuición que me legó mi madre. “Tumba con dos lápidas, mala es de atacar”, le había escuchado susurrarme, empujándome hacia la balda metálica.

—Junto a las tumbas de sus padres, hoy había una regadera sin

candar. Nunca he visto a nadie que abandone su carro de la compra sin recuperar la moneda. Nadie lo hace, salvo que tenga que salir corriendo.

Miguel bajó la cabeza. Había aguantado bastante más que la media.

—No se lo diga a... —balbuceó.

—Tranquilo. Ya he mandado un correo electrónico a su mujer rechazando el caso. Y le he devuelto el dinero que me adelantó.

Miguel me miró. Tomó aire.

—Mire, mi padre...

Iba a decirle que no hacía falta que me contara nada, pero sus ojos me dijeron que lo necesitaba. Y yo también quería escuchar una voz, de vez en cuando en medio de tanto e-mail.

—...mi padre era un cabrón. Disfrutaba repartiendo hostias en las manifestaciones y en casa —suspiró—. Mi madre y yo cargamos eso toda la vida, como una cruz. Le evitábamos todo lo que podíamos...¿Sabe lo que es eso? Sentir miedo cada día, en tu propia casa. Odiar a tu padre. Ver su cara y sentir miedo...asco —apretó la mandíbula—. Pero se aprende. Se asume. No discutes, callas...

Cerró los ojos.

—Yo me fui muy pronto de casa, pero mi madre lo soportó toda la



vida. Él murió y ella, al fin liberada, ni siquiera pudo disfrutarlo. Estaba exhausta, no tenía más fuerzas. Se fue muy poco después... No puedo dejar de verla, en su cama, la última noche... No pudo aguantar, siempre había callado, pero aquella noche... ¿Sabe lo que me dijo?

Hay preguntas que no se responden.

—Me dijo —tragó saliva— ‘tu padre no me dejó vivir’.

Miguel apretó la mandíbula.

—Cada vez que visito su tumba y veo que él está ahí, a su lado, sin tocarla, pero sin dejarla descansar, incluso después de muerta...

Un tipo en cuclillas raspaba con una espátula los boquetes de la lápida. No se le veía con demasiada prisa. Quizás él mismo era quien la había rehecho las otras veces, y sabía que, probablemente, tendría que volver. Confié, sin embargo, en que aquella fuera la última vez.

Antes de abandonar el taller, había recomendado a Miguel que no volviera a saltar aquella valla. Y que hablara con su mujer si no quería repetir los errores de su padre. Adela necesitaba respuestas.

Alguien se había llevado la moneda del candado, que protegía de nuevo la quinta regadera azul de la calle San Mateo. “Ahora será el más rico del cementerio”, pensé.

Yo también barajaba qué hacer con mi dinero. Por la mañana, nada más llegar al despacho, había comprobado que Miguel había hecho un ingreso, con “gracias” como concepto, y mi cuenta de nuevo alcanzaba las cuatro cifras. Por un momento, pensé devolvérselo, pero no estaba como para rechazarlo y, al fin y al cabo, había resuelto el ‘caso’. Nada de mujeres fatales ni de hombres misteriosos. Poca intriga, ninguna medalla, sólo unos muertos de por medio, personas a las que ni siquiera había podido salvar. Pero, al menos, había ayudado a los vivos.

Me despedí de Cristina, sus flores aún más llenas de vida que el día anterior, y contuve un escupitajo sobre la tumba de su marido.

No merecía la pena perder tiempo con él. Ni saliva.

Aún tenía media hora. Caminé por la versión a escala de la Avenida Gasteiz, abrí la mochila, y saqué el trapo y la botella de vinagre. Me empleé a fondo con las placas, rasqué el moho del mármol, arañé hasta el último hierbajo que nacía sobre mis padres. Cuando, tras mi oración de silencio, enfilé hacia el pórtico, la bruma comenzaba a engullir sus nombres. Los panteones, a pesar de toda su alcurnia, tampoco podían sustraerse a la neblina, ni a la naciente oscuridad. A pesar de todo su linaje, si golpeará la primera ficha en la hilera de lápidas, también acabarían cayendo junto al dominó.

Antes de abandonar el cementerio, me crucé con el jardinero, que

guardaba sus aperos en un pequeño cobertizo.

—¿Ya sabéis quién ha sido? —preguntó.

—Creo que no tiene solución.

—Aquí nunca las encuentras.

—Me voy a la mani —sentencié, despidiéndome de mi primer sospechoso.

—Allí nos vemos —dijo, la anarquía siempre cerca de su corazón.

Me miró de soslayo al cruzar el pórtico.

Él aún no me había descartado.

Miles de personas confluían poco a poco en el barrio de Zaramaga. Habían pasado casi cuarenta años, pero la ciudad seguía gritando por los cinco trabajadores asesinados por la policía el 3 de marzo. Los vivos siempre recuerdan, pensé, dándome cuenta de que, una vez más, lo hago a diario, había vuelto a equivocarme.

Los muertos también requieren de toda nuestra atención.

Mi hermana se unió a mí justo cuando partía la marcha. Mientras caminábamos en silencio, imaginé la cara de sorpresa que pondría en la próxima visita a Santa Isabel, al ver las tumbas resplandecientes. Pensé incluso en proponerle acompañarla, pero, si no me había llamado nunca, quizás fuera algo que necesitara hacer sin mí.

Hay cosas que nos pertenecen sólo a nosotros. Que nos dan forma, identidad.

Ahora que sólo somos arrobas, hay que procurar no perderlas. No, nunca hay que dejar que se evaporen esos detalles que nos distinguen. Eso que sólo es nuestro.

Ese toque personal.

David Mangana Gómez (Vitoria—Gasteiz, 1978) es periodista y ha trabajado en diversos medios escritos, aunque actualmente se dedica, entre otras cosas, al radiofónico. Ha logrado diversos premios literarios y ha publicado el libro de relatos ‘Filos’ (2009).

# Smoke gets in your eyes

José López Cuéllar

...when a lovely flame dies

smoke gets in your eyes

smoke gets in your eyes...

...cuando una preciosa llama muere

el humo entra en tus ojos

el humo entra en tus ojos...

de la canción “Smoke Gets In Your Eyes”

compuesta por Jerome David Kern

## UNO

Hoy, en este amanecer de invierno, todo es niebla. En la ría, donde los reflejos del sol mueren difuminados en su orilla. También en mi corazón encapotado. Y en mis retinas nubladas. Un glaucoma dejó mis ojos en borrasca hace ya seis años y mis jefes consideraron que un policía que no puede ver no está capacitado para mirar. Yo pertenecía a una de las últimas remesas de funcionarios del estado central que quedaron atrapados en el cambio de competencias. Si antes de la enfermedad ya ejercía tareas residuales, administrativas, el tiempo que pasó hasta que me dieron la baja definitiva lo ocupé en ejercer de bedel en las oficinas del DNI en Basauri, al lado de la penitenciaría. Yo informaba desgano a las sombras, dibujos animados que veía cada vez más borrosos. Quizás ese hubiera sido el mejor momento para marcharme y volver a mi pueblo, en Toledo, donde la escasa visión que pude conservar hubiera sido suficiente para no ser demasiado infeliz. Pero yo era todavía joven y mi hija, que había nacido aquí, era ya una adolescente descontrolada. Nada que ver con la dueña de las diminutas huellas dactilares que imprimí

cuando, siendo pequeña, vino a visitarme a la comisaría. En el mismo folio estampé las mías y el cuadro ocupó un lugar de honor en la puerta de la nevera, junto a sus dibujos del día del «Aitaren Eguna». Mi colección privada. También me ataba la hipoteca (tanto como las esposas que yo había puesto a algunos delincuentes) y me retenía, sin quererlo ninguno de los dos, una mujer que no era del mismo sitio que yo y a la que le daba igual vivir en un lugar que en otro, porque en realidad le daba igual vivir conmigo que con otro. O sola. Y también, ¡cómo no!, me ataban los chuletones del «Arriaga» o las sardinadas con los compañeros en el «Mandanga», de Santurtzi. Pero cuando todo se nubló me dieron, con cincuenta años, una pensión de mierda y muchas horas para pasear mi tristeza por los bares del casco viejo. Al poco tiempo, todas las paciencias se agotaron y trasladé mi pequeño museo, mi depresión y una maleta con poco peso a la habitación de un piso que me alquiló, por poco dinero, uno de los camareros, «maketo» como yo, que aguantaba mis autocompasiones por el mismo precio de la copa. Porque es difícil no flagelarte cuando ni tu exmujer ni tu hija te hablan, si has pasado del chuletón a las alitas recalentadas que te dan de aperitivo con el zurito y si además añades a la bruma de tus ojos la que te provoca el txakolí barato. Aparte de la pensión alimenticia decidida por el juez, yo aportaba la pensión exigida por mi ebrio sentido de la culpabilidad y tuve que aceptar

pequeños encargos conseguidos en las tertulias del bar de mi casero. Como es de suponer, no eran trabajos legales, ni misiones que requirieran vigilancias exigentes o excesivo valor: la recogida y entrega de algún paquete que no admitía Secur, la venta de mercancías cuyas transacciones habían agotado los impuestos legales o la compra de algún favor a alguno de los pocos amigos que me quedaban en comisaría, para que vieran igual de borroso que yo cuando alguno de mis nuevos «amigos» me proponían formar parte de su sociedad anónima...

## DOS

Aquella tarde el bar estaba vacío. Yo, en mi esquina de siempre, intentaba recordar cuánto tiempo hacía que no veía a mi hija. Aunque la percepción del tiempo es más caprichosa que relativa. Mis cálculos etílicos solucionaban la ecuación resolviendo que dos años, que son los que calculaba que no sabía de ella, eran mil eternidades. Con su madre no me hablaba, y tampoco sabía si las conexiones entre ellas estaban cortadas, creando un definitivo cortocircuito en nuestra putísima trinidad. Nunca me planteé echar mano de mis excompañeros de Basauri, sin llegar a saber si



era por cobardía, dignidad, pereza o abatimiento. O todo junto. Además, el plagio del «Doniene» que me servían en la cervecería mermaba mis escasas facultades para tomar cualquier iniciativa. Pero pensar en ella lo hacía a menudo; sobre todo cuando, en la pared de mi habitación, veía los códigos de barras de sus dedos infantiles, emborronados ya por el tiempo y por mis ojos. El camarero-casero se me acercó —yo diría que en exceso, pues pude oler su aliento a coñac y desaliento— y me susurró:

—Tengo algo para ti. Algo gordo.

Al ver que yo seguía absorto en mi copa amarilla y mis pensamientos negros, él insistió:

—No es como otras veces. Es algo más serio... y más peligroso. En realidad, no sé cómo confían en ti.

El último comentario me hizo levantar la cabeza y me animó a responderle:

—Ponme otro txakolí.

—¿Te estás enterando, paisano? Serían tres mil para ti. Pero no puedes ir ciego, hostia.

—¡Que sutil eres! Llevo ciego la puta vida. Y ahora más. ¡Ponme ese txakolí, joder!

Separó su cara de la mía, y el cuerpo y las extremidades de la barra. A cámara lenta se acercó al aparador de las bebidas para atender mi petición, y mientras engañaba nuevamente a mi vaso

con un líquido etiquetado por encima de sus posibilidades, volvió a la carga:

—¿Qué? ¿te interesa?

Sujetando la copa como si fuera un cáliz le pregunté de qué iba la historia.

—Sólo te la cuento si lo vas a hacer.

—Suelta y veré. Si puedo. —Intenté, sin conseguirlo, sonreír por mi ocurrencia.

Después de dudarle, volvió a apoyar cuerpo y brazos en la barra y acercó de nuevo su apestosa boca a mi cara.

—Hay unos traficantes nuevos, colombianos, que quieren conquistar Bilbao, igual que hizo Pizarro con ellos.

—Ni Pizarro era de Bilbao, ni conquistó Colombia.

—Vale, profesor, no me interrumpa. El caso es que la coca que logran introducir la reparten en pequeños paquetes, de un kilo o dos. Un contacto del casco viejo recluta a jóvenes desocupados, que no estén fichados, para distribuirla a los camellos que tienen repartidos por la ciudad, a cambio de una propina y unas cuantas dosis...

—Así reparten los riesgos y las responsabilidades...

—¡Exacto! Y la escalera nunca sube hasta su piso.

—¿Y cómo sigue la peli?

—Tengo un cliente que viene a echarse unos vinos de vez en cuando. Ha sabido, no preguntes cómo, que esta noche a las dos se hará una entrega en el muelle de la Merced. Los chicos que la van a hacer se han ganado un respeto y la cantidad será mayor...

Nunca había dado una conferencia tan larga y tuvo que aclararse la garganta con un trago de coñac servido a gollete, como en los sitios finos. Eso le dio un descanso a mis maltratadas pituitarias. Puse la cara que se pone cuando se pregunta: «¿Y?».

—El tema es que tu llegues antes que el camello y les incautes el material como buen y honrado policía que has sido.

—¿Son gilipollas?

—¿Quiénes?

—Los críos esos. ¿No van a sospechar de una redada en la que participa un solo poli que, además, no tiene competencias profesionales ni de presencia?

—Bueno, no suelen ir armados. Si no quieres requisarlo les enseñas la pipa y se lo robas sin más.

—¿Y qué les pasará a los cachorros?

—¡Y a ti que coño te importa! Igual se acojonan y se retiran del negocio. Y tú le añades otra medalla a tu exhoja de servicios.

—O igual los colombianos les agradecen el extravío.

—Bueno, al mundo le sobran malhechores.

—¿Tú sabes lo que es un cínico?

—Claro. Pero no es cinismo. Son estrategias de mercado.

—¿No estaréis bebiendo ese cliente tuyo y tú del mismo txakolí que me das a mí?

Se retiró a la otra esquina de la barra para atender a unos parroquianos que acababan de entrar. Yo no veía claro ni el argumento, ni el final de la película. Pero tres mil euros podían taparme agujeros, incluyendo el del alma. Si conseguía contactar con mi hija y (no quería engañarme) chantajear su resistencia para comprar algo del afecto perdido, posiblemente no me haría falta más vino barato en una larga temporada. Asentí con la cabeza cuando el sofisticado barman pasaba la bayeta por mi zona. Esperé a que los recién llegados fueran recién marchados (eso fueron cuatro vinos más), escuché las últimas instrucciones y me bebí la última copa. Después me fui a casa para preparar mi gran actuación.

## TRES

La bruma de la noche no es como la del día. La del día promete el sol. La de la noche es húmeda y oscura. Fría. En el silencio de esas horas negras se amplifica el chapoteo del agua sucia contra la escollera. Esa era la música que se oía cuando, una hora antes de

la supuesta cita, llegué al muelle. La calle estaba pobremente iluminada por una hilera de farolas ancladas a la pared que proyectaban espesas columnas de luz marchita, como si fueran tramoya de la película que íbamos a rodar. Según las instrucciones recibidas, los que iban a hacer la entrega eran una pareja que fingiría darse el lote en la entrada de un garaje, a la altura del número tres del muelle de la Merced. Él, con el pelo casi rapado y una ridícula coletilla rizada en la nuca. Ella, con el pelo también muy corto, teñido de azul. Cuando llegaron detecté su nerviosismo. Miraban a un lado y al otro, como cuando quieres cruzar a pie una autopista exageradamente transitada. Se metieron en el garaje, y también se metieron en faena. O eran muy buenos actores o estaban verdaderamente sedientos, porque sus caricias y besos no parecían fingidos. Sentí una punzada de envidia y nostalgia, y una enorme sensación de soledad. Me sentí como un cabrón por tener que interrumpirles, pero las cuentas que me había hecho respecto a mi hija y el vino que había trasegado esa tarde me dieron el valor necesario. No llevaba pistola sencillamente porque no la tenía. Además de la oficial —que tuve que devolver— tenía otra que había confiscado en una operación y que no había incluido en el informe, pero que acabé tirando a la ría por temor a utilizarla haciendo prácticas de tiro con mi sien. Saqué del bolsillo una placa falsa y suspendí la función:

—¡Policía! ¡Quietos los dos! ¡Separaos despacito y enseñadme la

documentación!...

—¡Papá! ¡Qué coño haces aquí!

Después de esculpir en mi cara el estupor, la tristeza, la derrota, y la vergüenza, me quedé inmóvil, como una ridícula réplica de cera de mi mismo. Aprovechando mi desconcierto el chico me dio un empujón y salió corriendo dejando a mi hija sola con un padre que, derrumbado sobre su culo, había perdido la poca dignidad que nunca había tenido. Quise estar ciego del todo para no ver el duro gesto de odio que mi niña, mi chiquilla, me estaba dedicando. Masticando a duras penas su asco y sus palabras, se me acercó lo suficiente para que pudiera verla por última vez.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué has tenido que ser tú mi puto padre? ¿Por qué no te mueres?

No me regaló ni un segundo más. Dio media vuelta y echó a correr gritando:

—¡Para ti estoy muerta! ¿Me oyes? ¡Muerta! ¡Muerta!

Pero al plató donde filmábamos la escena le sobraba niebla, los ojos de la niña estaban demasiado nublados por las lágrimas, y sus pies y su cabeza, acelerados por la rabia y el dolor, eran incompatibles con el ritmo de su cuerpo. Al girar por última vez la cabeza para ofrecerme un último desprecio perdió el equilibrio y, trastabillando, resbaló por el húmedo cemento. Hizo un intento de agarrarse a la barandilla pero la velocidad de su huida amplificó la

inercia y volteó su borrosa silueta precipitándola a la ría. Todo era intuito, todo me parecía una turbia pesadilla. Pero era real. Pude oír la zambullida. Y pude imaginar cómo el humo que desprendían las negras aguas se tragaba a mi hija y la convertía en humo a ella también. Ella que de niña había sido llama, ahora era humo. Y yo, caído como estaba, como sigo estando ahora, no fui capaz de levantarme.

## CUATRO

Los finales felices no existen. Tampoco los otros. Siempre hay, agazapado, otro final que contradice al anterior. En realidad, el único final es aquel que te sumerge en la niebla definitiva, la que nunca se desvanece, la infinita. Y mientras llega el último humo, nos agarramos a la vida como podemos. Por inercia. Por cobardía. O por ese defecto humano que algunos llaman esperanza y otros lo bautizan como fe. En la misma pared donde fijé el folio con nuestras huellas, he prendido con chinchetas estos versos:

«...sé dónde está el abismo/sé dónde no está dios/sé dónde está la muerte/sé dónde no estás tú/la niebla no es olvido/sino postergación anticipada/ojalá que la espera/no desgaste mis sueños/ojalá que la niebla/no llegue a mis pulmones/y que vos muchachita/emergas de ella/como un lindo recuerdo/que se

convierte en rostro/y yo sepa por fin/que dejas para siempre/la  
espesura de ese aire maldito/cuando tus ojos encuentren y  
celebren/mi bienvenida que no tiene pausas.»\*

\*Mario Benedetti «Hombre que mira a través de la niebla»

José López Cuéllar. Nací en Madrid en 1960. Desde que aprendí a leer no he dejado de hacerlo. Lo de escribir va más por rachas. He publicado, en ediciones de un solo ejemplar y encuadernados en espiral (edición de lujo), unos cuantos poemarios inspirados por la misma musa. Y escondo varios relatos en una carpeta de cartón azul con gomas, ordenados cronológicamente, lo cual me deprime bastante al ver la magra producción, después de los años que señala mi carnet. En mi descargo podría decir que trabajo desde los dieciséis años en una entidad bancaria, excusa cobarde de mis ráfagas creativas, por lo que espero una pronta prejubilación para poder acumular más lecturas y presentarme a más concursos.



# **Mona Lisa**

Óscar Fernández Carballo

Me gusta el mar, pero sólo cuando voy a la playa. Siempre que me ha sido posible he evitado aventurarme por esta parte de la ciudad, en las proximidades del puerto, huyendo del olor a salitre y a pescado, y de la gentuza que lo frecuenta. Un lugar que aparece con demasiada asiduidad en la portada de los periódicos y donde los depredadores se mueven como pez en el agua, al abrigo que les proporciona la bruma marina que lo envuelve todo día sí y día también, sabedores de que no puedes percartarte de su presencia hasta que los tienes encima. Nada que ver con mi hábitat natural, donde se puede pasear con relativa tranquilidad y la única infracción que se repite con frecuencia es el exceso de velocidad.

Es la hora de la verdad, no puedo permanecer más tiempo así, clavada al suelo como una jodida estatua. Llevo más de quince minutos observando la difuminada entrada desde la acera de enfrente, haciéndole compañía a la farola y cubriendo las baldosas, desgastadas y sucias, con una cohorte de colillas tiznadas levemente de carmín y mordisqueadas con saña: o me decido a entrar de una puta vez, o es mejor que dé media vuelta y desaparezca por donde he venido. Desde luego, la pinta del local invita más a lo segundo que a lo primero. Podría echar a correr como alma que lleva el diablo y no detenerme hasta llegar a algún lugar civilizado. Pediría un gin-tonic bien cargado, a poder ser de alguna ginebra de importación, y permanecería acodada en la barra; bebiendo a pequeños sorbos y mirando distendida la tele. Incluso podría flirtear un poco con el camarero o con cualquier otro candidato que pululase por allí y que mereciese la pena.

No lo hago; soy de las que piensa que algunas cosas es mejor hacerlas en persona, así que respiro hondo, me arrebujó contra mí misma intentando guarecerme de la humedad que trae consigo esta jodida niebla, y me pongo en marcha. El abrigo que llevo debería ser más que suficiente para protegerme del liviano fresco tardío de mediados de mayo pero, aún así, tiemblo como una hoja.

Tras dejar pasar un par de vehículos cochambrosos, a juego con el resto del barrio, cruzo la calle al compás del repiqueteo de mis tacones sobre el asfalto húmedo y resbaladizo, mientras mi mano

derecha se introduce ansiosa en el bolsillo, acariciando con fruición un contenido cuya presencia resulta balsámica.

Por dentro, el local no me decepciona en absoluto: es incluso peor de lo que me había imaginado. La iluminación es escasa y el humo, por el contrario, excesivo; como si hasta aquí no hubiese llegado la prohibición de fumar, o la calima procedente del mar campase también a sus anchas ampliando sus dominios. Un rápido vistazo es suficiente para comprobar que todo presenta un aspecto lúgubre y trasnochado.

Mientras avanzo muy despacio me parece advertir una música suave rozando con sutileza mis oídos, aunque el martilleo insistente del corazón en las sienes lo eclipsa todo. Una mezcla de aromas variopintos, entre los que reconozco el olor desagradable de la colonia barata y el aroma salado del sudor acompañando al tabaco, se apodera de mis fosas nasales y me hace boquear asqueada en busca de un oxígeno que no llega.

Unos tipejos, absolutamente anacrónicos, detienen el entrechocar de bolas de billar para depositar toda su atención en mí. Todos sostienen un taco en la mano y un cigarrillo a medio consumir en la boca. Les miro de reojo y creo que sonrían, como si mi presencia les hiciese gracia.

Otro par de clientes desarrapados, aposentados con desgana en una vieja mesa, levantan la mirada estúpida de sus cervezas para

recorrerme de arriba a abajo sin ningún pudor. También sonrío, con una mueca bobalicona pintada en la cara; al igual que el único cliente acodado en la esquina de la barra: un tipo canijo y narigón que me da un auténtico repaso sin disimulo alguno, mientras la línea de su boca se contrae en una especie de sonrisa idiota, que me recuerda horrores a La Gioconda.

En la pared que hay detrás de la barra reina un calendario gigantesco en el que una rubia de larga melena y mirada felina posa sonriente junto a una desvencijada camioneta exhibiendo complacida, como única vestimenta, una llave inglesa de proporciones irreales. La fecha, en letras grandes y rojas, confirma que no me he equivocado y que el tiempo se ha detenido en este lugar cuando yo todavía saltaba feliz a la comba y jugaba con casitas de muñecas.

Justo debajo del calendario, un tipo barrigudo y grasiento se afana en limpiar un vaso infecto con un trapo todavía más mugriento que él, logrando únicamente empeorar las cosas. Está flanqueado por una rubia rechoncha y pequeñaja que me observa con desmesurado interés, apoyando unas tetas excesivas sin recato alguno encima del mostrador.

Decido ser una chica buena y ejecutar el guion tal y como me han indicado por teléfono. Dadas las circunstancias, la tetuda me parece mejor elección, así que avanzo con cautela, me detengo frente a ella y, con un movimiento rápido, deposito la tarjeta ante

la descomunal delantera.

No se inmuta. Continúa con los ojos, abiertos como ventanas, clavados en mí. No sé qué es lo que le hace gracia, pero lo único que obtengo de ella es de nuevo el rictus de La Mona Lisa, como si ese gesto peculiar fuese el santo y seña del local.

—Busco a... —comienzo a decir.

—¿No me buscas a mí, pelirroja? —el gordinflón me interrumpe, sonriendo y mostrándome una boca que no ha conocido dentista.

Lo intento, pero soy incapaz de pronunciar palabra alguna. Aún así, mantengo la mirada fija en los ojos saltones del gordo, haciendo ímprobos esfuerzos por impostar una pose despreocupada y sugerente de femme fatale de película en blanco y negro.

El tipejo me mira lascivo, abriendo excesivamente la boca y tratando de imaginar los generosos detalles que anticipa el contorno del abrigo. Luego suelta esa risilla estúpida, tan propia del alcohol, y sacudiendo su cabezota de sandía hace un gesto que no comprendo. Dirijo la mirada hacia donde creo que me ha indicado el barman, esforzándome por entrever algo entre la oscuridad y el humo, pero se antoja misión imposible, así que miro a su compañera con ojos de cordero degollado, implorando un poco de complicidad femenina.

Pasados unos segundos que se me antojan eternos, ésta abandona

finalmente su guarida y se dirige a mi encuentro. Sus tetazas se bambolean debajo de una camiseta que alguna vez probablemente fuese blanca, como si tuviesen vida propia. Me mira fijamente y me sonrío, ahora sí, abiertamente, señalando con el dedo hacia el lugar nebuloso que yo había vaticinado.

No lo pienso, hago sonar los tacones sobre el suelo pegajoso y avanzo hacia mi destino contrariando la cara cuando una oleada de hedor me indica que la puerta entornada que acecha a mi derecha, como un depredador hambriento, pertenece sin ninguna duda a los urinarios del local.

«Esta niña parece boba, no piensa las cosas». La voz de mi madre retumba en mi cabeza mientras los nervios y el arrepentimiento aparecen de la mano disfrazados de pinchazo en la vejiga y de un incontrolable tembleque de rodillas. La mano en el bolsillo ya no produce el efecto deseado, pero antes de que me dé cuenta me encuentro en medio de una especie de reservado diminuto, que no valdría ni como picadero. Pienso en retroceder, en dar media vuelta y salir corriendo, sin embargo la oportunidad se desvanece, dándome de bruces con una mesa solitaria envuelta en humo y apestando a tabaco a la que se sientan dos figuras peculiares.

El tipo levanta la vista y clava unos ojillos de rata en lo míos. En su mano izquierda sostiene una copa, que menea rítmicamente jugando con los hielos: clinc, clinc, clinc; mientras que la derecha se posa descuidada sobre el muslo de una mujer corpulenta

sentada en su regazo, y que lo oculta casi por completo. La miro de soslayo y compruebo que oculta recatada su edad bajo una capa exagerada de maquillaje, pero que grita al mundo desvergonzada su profesión: el top ajustadísimo y la minifalda, de cuero y escasa, dejando a la vista las bragas de un rojo fuego, a juego con el pintalabios y con las uñas; y que me obsequia descarada con una mirada que no es precisamente de amiga.

Me siento decepcionada. Esperaba un tipo fornido, con un rostro nervudo y mal afeitado, una mirada penetrante y unos brazos poderosos repletos de tatuajes. En cambio me encuentro con un tipo anodino, con cara de pánfilo y pinta de cajero de entidad bancaria del extrarradio, de vendedor de grandes almacenes o de funcionario indolente.

De sus ojillos se escapa una chispa inducida, imagino, por el alcohol.

Introduzco la mano en el bolsillo y el tipo rompe el silencio.

—Despacio, guapa —dice, deteniéndome en seco como si hubiese pulsado un interruptor.

—¡Putas! —espetas la mujer a bocajarro, sin venir a cuento.

—Creo que me confundes con tu madre, guapa —respondo.

«... no piensa las cosas».

La mujerona se incorpora y hace ademán de abalanzarse sobre mí cuan larga es, pero por fortuna, el posible vendedor de seguros la

detiene agarrándola por la cintura y echándola a un lado.

Intento mantener cara de póquer, pero en el fondo suspiro de alivio. No me gustaría encontrarme en la tesitura de tener que bailar agarrada a ella, convencida de que podría sacarme de este tugurio de un solo sopapo.

Saco despacio la mano, mientras el tipo vuelve la cabeza y le hace un gesto a su acompañante. La mujer crispas el rostro, pero sigue taladrándome con una mirada de pantera.

— ¡Que te largues, hostias! —insiste el tipo, dándole una palmada en el amplio trasero.

La mujer desaparece sin rechistar, no sin antes obsequiarme con otra mirada asesina y esa mueca extraña, marca de la casa, que ya no me cabe duda de que es el logotipo oficial de este antro.

El funcionario apático se vuelve despacio hacia mí y sonrío.

—Tómame algo —dice, apoyando la mano en la silla vacante a su lado.

Lo que me faltaba, pienso. A ver si este capullo se piensa que somos viejos amigos.

—Ni lo sueñes, moreno —le digo.

Me desabrocho el abrigo, introduzco mi mano despacio en el bolsillo y le regalo al tipo la sonrisa más fría que soy capaz de fabricar, intentando que perciba por dentro, calándole hasta el



tuétano, toda la inquina que su presencia me produce. Luego arrojo el sobre con desdén sobre la mesa.

—Cuéntalo —le digo—, es lo acordado.

—No hace falta —dice manteniendo la misma expresión, como si mi interpretación no le afectase en absoluto—, sé que eres una buena chica. Me fío de ti.

Percibo el frío metálico que escapa de su sonrisa falsa, el punzante brillo de sus ojos traspasando mi abrigo y perforando el vestido estampado... y después, los dedos helados de su desprecio que, apartando a un lado con destreza mi ropa interior, me acarician con estudiada sutileza, erizándome la piel. Luego, el sobre cambia de dueño a cámara lenta.

Permanezco unos instantes quieta, incapaz de moverme, escuchando ahora con claridad el sonido de las teclas de un piano y las notas serenas de un saxo inundando la estancia y acompañando al latido de mi corazón. Después, me giro y tomo el camino de la salida, no muy segura de poder alcanzar mi objetivo.

Junto a la barra se arremolinan unos cuantos paisanos nuevos, que fuman, beben y entrechocan los vasos. La tetona se acerca a mí risueña y distingo ahora en su camiseta el dibujo de dos manos que intentan abarcar sin éxito sus descomunales senos. Si sigue acercándose, corro el riesgo de perder un ojo. Cuando se detiene, yo también le enseño los dientes, observando su expresión,

totalmente segura de que jamás me olvidaré de Da Vinci.

Los tipos de la mesa de billar vuelven a detener la partida y me observan expectantes, igual que cuando entré. Es extraño, pero me siento reconfortada. Es como si me hubiese quitado un gran peso de encima.

—Gracias a todos —les digo, y avanzo decidida hacia la salida, atusándome la melena y meneando ostensiblemente las caderas, mientras una andanada de silbidos franquea conmigo la puerta.

La niebla parece haberse ido a otro lado, y ahora luce un tímido sol.

Distingo a lo lejos un taxi, le hago una seña y observo complacida que se detiene a mi lado como un perrillo faldero. Parece que mi suerte empieza a cambiar.

Me dejo caer en el asiento trasero y le pido al taxista que me lleve al centro. Después extraigo el móvil del bolso y lo enciendo. Once llamadas perdidas, imagino que todas para trasladarme el pésame por el inesperado e inoportuno accidente que ha mandado a mi marido al otro barrio antes de tiempo. El consabido exceso de velocidad.

«Hay mucho loco al volante...» «...y mucho hijo de puta que se da a la fuga tras atropellar a alguien».

El conductor tararea alegre una melodía que me resulta familiar, y empiezo a percibir como el manajo de nervios instalados en mi

estómago se va deshaciendo poco a poco. Inspiro hondo, llenando mis pulmones de aire y compruebo a través de la ventanilla que afuera el sol parece ir ganado consistencia.

Pienso en el vestido negro, con zapatos y accesorios a juego, que estaré exhibiendo elegante dentro de muy poco en el último adiós a un ser querido... y en los coloridos bikinis que luciré radiante no mucho después, y antes de que me dé cuenta me sorprende gratamente cuando no consigo evitar que una profunda y sonora carcajada inunde el vehículo, mezclándose con el sonido de la radio y con el tarareo jovial del taxista.

Óscar Fernández Carballedo (Barakaldo 1970). Ldo. en Psicología.

Lector asiduo y ocasional emborronador de cuartillas; ha tomado parte en talleres de relato y participado en cursos de Formación de Correctores, y en ambos terrenos intenta seguir avanzando, cuando las circunstancias son propicias, sin sufrir demasiados tropiezos.

Algunos de sus trabajos han obtenido diversos premios y menciones en certámenes tales como los convocados por Ediciones Beta III Milenio (en las ediciones de 2007 y 2009), el de relato hiperbreve Acumán, el primer certámen de microrrelato de terror Walskium, el primer certámen internacional de relato Aste Nagusia, el segundo certámen internacional mundopalabras de microrrelatos, o algunos de los certámenes de microrrelato de la Editorial Hipálage; pudiendo encontrarse la mayoría de ellos formando parte de diversas antologías.

También pueden encontrarse cuentos suyos formando parte de antologías como El libro y su autor (Creaciones literarias, 2007), Cuentos diversos (Editorial Hijos del Hule,

2011), Blue Bayou y otros relatos negros (Ediciones Rubeo, 2013), Los crímenes de la rue Morgue y más cuentos inquietantes (Ediciones Rubeo, 2014), Microterrores (Diversidad Literaria, 2014), 99 crímenes cotidianos (La pulga editorial, 2015)... así como en varios medios digitales.

# Seres invisibles

Mila Martínez Giner

Jamás imaginé que moriría asesinada. Esas cosas no le ocurren a una madre de familia, casada y con dos hijos, que trabaja en una agencia de colocación y empleo, en el servicio de preselección de personal. Me gusta mi trabajo. Llevo siete años en el puesto y, modestia aparte, creo que lo hago bien. Desde que una persona que busca empleo entra por la puerta de mi despacho hasta que se sienta, digamos un minuto, sé si está capacitada o no para el trabajo. Y no me guío por la intuición. Yo me fijo en las manos. Ellas me dicen todo lo que quiero saber. Por ejemplo, las manos que están a punto de quitarme la vida son mudas. Tal vez por eso bajo la ventanilla del coche, saltándome la precaución habitual de no hablar nunca con desconocidos en un aparcamiento solitario, y dejo que se acerquen a mí. No puedo apartar la mirada de ellas. Siento un estremecimiento cuando una me acaricia la mejilla. Está fría, pienso, cerrando los ojos, mientras noto el objeto que se abre

paso, primero poco a poco y después con contundencia, a través de mi oído. El dolor, redondo, rotundo, indescriptible se mezcla con la sorpresa. ¿Ya está? ¿Esto es morir? Mis dos últimos pensamientos no tienen nada de especial. Me llamo Mei y nací en Sabadell.

Odias conducir en la niebla, reducir de marcha y los putos atascos. Y en mañanas como ésta que llegas tarde seguro, aunque tengas suerte y encuentres aparcamiento, también odias tu trabajo. No siempre fue así, ¿verdad Silvia? Al principio te ponía eso de llevar pistola. Te costó decidir si colgártela del cinturón o guardarla en el bolso. Pudo más la coquetería. Héctor, en cambio, prefería que la llevases encima. «Vos estás para chingar vestida con una camisa de hombre, zapatos de aguja y una pistola». Menudo imbécil. ¡Cómo pudiste...! Para. Ahora no. Bueno, por fin has aparcado. En un vado. Con suerte, habrás terminado antes de que la grúa se lleve el coche. Tal y como temías, eres la última. Y encima te suenan las tripas. ¿Y qué? ¿Acaso eres la única que no come antes de ir a ver un cadáver? Y ahora, ponte a trabajar. Primer paso. Reconocimiento. El coche de la víctima está aparcado en el segundo sótano, en una plaza bastante solitaria, entre una columna y la pared. Varios agentes peinan la zona, hablan entre sí, toman notas. Me acerco al vehículo. ¿Dónde está el cadáver? ¿Ya os lo habéis llevado? Joder, qué prisas, se te

escapa en voz alta cuando te acercas al capitán Osorio. Finge no oírte y sigue hablando con alguien. Ese alguien es mucho más joven que el capitán. Pelo rubio y lacio, chupa de cuero y bambas. Los dos hombres no se parecen en nada. El viejo parece salido de una película de policías de los años 80. El joven bien podría ser el bajista de un grupo de rock. ¿Cómo crees que te ven ellos a ti, guapa? ¿Cómo una cuarentona ojerosa con cara de mala leche y tripas que gruñen? Venga, Silvita, ponte las pilas.

—¿Qué tenemos capitán?

Osorio se rasca la patilla derecha, mientras frunce la boca. Le faltan dos dientes, motivo por el cual, apenas despega los labios cuando habla.

—Un asesinato. La víctima es una mujer china, de unos cuarenta años. Lo que sea que la mató, creemos que le entró por un oído y le salió por el otro. Muerte instantánea. No hay rastro del arma homicida.

¿Creemos? ¿De quién habla? ¿Del rubiales que no me ha presentado? ¿De los agentes que miran sin ver? Acabo de llegar y ya he visto algo que puede ser una pista importante. ¿Es que están todos ciegos?

—Recogeré el informe del forense cuando esté listo y se lo llevaré al despacho. Si no me necesita, antes de irme echaré un vistazo.

Lolita trajo la rana. Yo llevé las tijeras, las agujas de hacer punto y el esparadrapo. Ninguna de las dos sabíamos muy bien lo que hacíamos. Sólo teníamos diez años. Pero lo pasamos muy bien. Yo llevaba la voz cantante y ella me seguía. Cuando acabamos, guardamos todo en una caja de zapatos que cogí del garaje y lo enterramos en el jardín de la escuela. Las dos juramos no contarle nada a nadie so pena de morir. Pero Lolita no cumplió el juramento. Confesó después de que la jefa de estudios del colegio encontrara la caja de zapatos y hablara por teléfono con su madre. Se armó mucho alboroto, aunque a mí me dejaron en paz. Nadie me preguntó nada. En aquellos días, mis padres cuchicheaban a menudo entre ellos hasta que aparecía yo, y visiblemente incómodos, se quedaban mudos. A Lolita no volví a verla. Era mayo, faltaba poco para que acabaran las clases. Las dos cambiamos de colegio. Lolita y su familia se mudaron a otra ciudad. Yo entré en un internado. En cuarenta años no he vuelto a pensar en Lolita hasta hoy. Para ser más precisos, hasta que he entrado en el despacho para hacer la entrevista de preselección y la mujer china sentada detrás de la mesa ha clavado la mirada en mis manos. En ese preciso instante, he sabido que nada de lo que yo dijera o hiciera me ayudaría a conseguir ese trabajo. Y ha empezado la cuenta atrás.



El hombre se acerca por detrás. La mujer no lo oye. Está perdida en las volutas de humo que tiran de ella hacia recuerdos que quiere olvidar. Le delata la crema de afeitarse. La misma que utilizaba Héctor.

—¿Qué?

—Tranquila, mujer, que no te voy a hacer nada.

Los dos se miran. Están en la calle, en la puerta de la comisaría. Un grupo de turistas pasa de largo, atento a las explicaciones del guía que señala algo elevado al otro lado de la calle. Ella marca las distancias. Él sonríe.

—¿Eres Silvia, verdad? Gabriel. Soy psicólogo. Nos vimos ayer en el aparcamiento. Estaba con el capitán Osorio cuando llegaste. ¿Podemos hablar?

Silvia lo mira de arriba abajo, da una calada a su cigarrillo y espera.

—Vale. Seré breve. Estoy haciendo una tesis sobre conductas delictivas. Osorio me ha dicho que te pregunte lo que quiera. No te haré perder el tiempo. Sólo te pido que me dejes ver cómo trabajas. Seré invisible. Te lo prometo.

Ella guarda silencio. Luego, se pasa la mano por el pelo recogido en una coleta. De repente, sonríe.

—Ya. A ver si lo adivino. ¿Eres su sobrino?

—No. Pero puede que un día sea mi padre.

La cuenta atrás empezó con la carta. La encontré dentro de mi mochila. Enseguida supe que era de ella. Antes de abrirla, ya sabía lo que decía. Cómo la habían obligado a confesar, lo mucho que lo sentía, la súplica de perdón. Lo que no decía, lo que de verdad le preocupaba, era el castigo por haber roto el juramento. Sabía que iba a morir. Y quería ganar tiempo.

El despacho olía a lavanda. También a café frío y a polvo de cajas guardadas demasiado tiempo en algún lugar sin ventilación. El cubículo era demasiado estrecho para albergar una mesa enorme, llena de papeles, y dos sillas viejas, una con ruedas y la otra de tijera. Gabriel ocupaba la segunda. Aunque era más bien delgado y no muy alto, la silla le resultaba particularmente incómoda. Mientras cambiaba de postura por enésima vez, Silvia le entregó un informe. Después de leerlo, Gabriel alzó la vista y se encontró con una taza de café recién hecho.

—Huang Mei —dijo Silvia sentándose en el borde de la mesa— salió de su trabajo a las seis de la tarde y se dirigió al aparcamiento. No se encontró con nadie. Mientras sacaba el coche de su plaza, alguien se acercó. Es posible que reconociera a la persona y por eso bajara la ventanilla. Después de ser atacada, se

desplomó sobre el asiento del copiloto. Su bolso y varias carpetas se mancharon de sangre. No gritó ni forcejeó. No hay testigos.

—¿La causa de la muerte?

—Heridas producidas por un objeto fino y punzante. Podría ser cualquier cosa.

Imaginarse lo ocurrido dibujó una arruga profunda en el rostro de Gabriel. Silvia bebía su café a sorbos mientras le observaba. Era más joven que ella y parecía buen tipo. ¡Lástima que le recordara tanto a Héctor! Ese hombre aún le despertaba la fiera que llevaba dentro. En más de un sentido.

—¿Qué me dices de las fotos?

—¿Yo? No sé qué decir. No soy policía.

Silvia cogió algunas de las fotos que tenía sobre la mesa y se las entregó. Todas ellas eran de la víctima dentro del vehículo.

—Dime qué ves.

Gabriel se tomó su tiempo. Primero respiró hondo. Una vez. Otra. A la cuarta empezó a mirar las fotos una por una. Despacio. En su cara se podían leer sus pensamientos: pena, repugnancia, incomprensión. Hizo una pausa y volvió a mirar las fotos, esta vez con mayor detenimiento. Ahora fue su mente de investigador la que tomó el mando. Y el resultado no se hizo esperar.

—Hay una carpeta más manchada que el resto. Como si

cuando se desplomó encima de su bolso y de la pila de carpetas que había puesto en el asiento, hubiera intentado coger una. Bueno, a lo mejor me equivoco.

Silvia apoyó los codos en su mesa y entrelazó los dedos. Los ojos le brillaban.

—No lo creo. ¿Quieres saber qué contenía la carpeta?

Han dicho que vendrán a las cinco. La detective y su ayudante. Les ofreceré un café y unas galletas. No estoy nerviosa. No es la primera vez que me interrogan. Hace muchos años, cuando murió Lolita, vinieron a casa dos policías. Eran dos jóvenes bien plantados, como los de las películas de la televisión. Y educados. No quisieron merendar pero a uno de ellos, el más guapo, lo convencí para que cogiera una galleta.

En cuanto los vi, supe que dijera lo que dijera nunca sospecharían de mí. Siempre ha sido así. A mí siempre me dejan en paz.

El timbre de la puerta sonó cinco minutos antes de la hora. Mientras esperaban, Silvia tomó nota mentalmente de lo que veía. Barrio humilde, edificios altos de ladrillo, ropa tendida en los balcones. Paro y más paro. La mujer que les abrió la puerta y les invitó a su comedor parecía mayor de lo que en realidad era. Por lo demás, no había en ella nada que sobresaliera. Era una persona

corriente, alguien difícil de describir porque nadie se fijaría más de un instante en ella. Y en caso de hacerlo, seguro que se olvidaría de ella enseguida.

—Ustedes dirán —dijo la mujer, mientras vertía el café en unas tazas de porcelana blanca con dibujos chinos.

—Señora Castro, estamos aquí porque su nombre ha aparecido en el curso de una investigación criminal.

—¿Ah, sí? —dijo la mujer, acercándoles el plato con las galletas. No parecía sorprendida ni preguntó de qué se trataba.

—No gracias. El lunes 16 de abril fue a una entrevista de trabajo en una agencia de colocación y empleo.

—Así es. Soy contable y llevo más de dos años en paro. Y busco activamente trabajo. Pero, con mi edad y que no sé manejar esos programas informáticos tan complicados, no es fácil. Los de la agencia de colocación son muy amables. No es la primera vez que me llaman. Y me ayudaron a colgar, ¿se dice así no?, mi currículum en Internet. Claro que, como no tengo ordenador en casa, no sé si alguien lo ha leído.

Silvia y Gabriel intercambiaron una mirada de desánimo. Aunque la carpeta que Huang Mei había separado del resto poco antes de morir había sido la de Juana Castro, los dos sabían que aquella pista no les conduciría a ningún sitio. La carpeta podría haberse movido al caer el cuerpo de Mei encima. Y el exceso de

sangre no significaba nada. La víctima había perdido mucha. Juana Castro era una pieza suelta de una investigación encallada por falta de pruebas, motivo y pistas. Un tiro al viento. Un intento desesperado.

—La atendió la señora Huang Mei —dijo Silvia, mirando el reloj de reojo—. Dos horas después de hablar con usted, la señora Huang perdió la vida en el aparcamiento de la empresa. Estamos investigando su muerte. ¿Hay algo, algún detalle, una nota, una conversación, lo que sea, que recuerde usted desde que llegó a la agencia de colocación hasta que se marchó y que considere que puede ayudarnos? Le ruego que se tome su tiempo antes de contestar.

La mujer asintió con la cabeza. Bebió el último sorbo de café muy despacio, dejó la taza sobre el platillo y buscó algo con la mirada. Luego alargó el brazo para coger dos agujas de punto ensartadas en un ovillo de lana que había encima de la única silla vacía. El móvil de Gabriel sonó. El joven se disculpó y salió al pasillo a hablar. Silvia se quedó sentada. Hacía rato que su mente estaba muy lejos, sopesando, planeando, descartando. Cuando Gabriel volvió, la señora Castro les dijo que no recordaba nada. La detective y el doctorando le dieron las gracias y se marcharon. Al llegar al portal, los dos habían olvidado a la señora Castro. De camino a la comisaría, ambos coincidieron en una cosa: había muchas probabilidades de que el asesinato de Huang Mei quedara

sin resolver.

Ahora que la detective y su ayudante se han marchado para no volver, de eso está segura, regresa al comedor y se sienta en la misma silla. La persiana medio bajada concentra la luz de la tarde cerca de la ventana, dejando el resto en la penumbra. De fondo se oye una televisión con el volumen demasiado alto. Juana cierra los ojos. Piensa en Lolita, su amiga de la infancia, con el pelo recogido en trenzas y su bañador azul, el mismo que llevaba puesto el día de su muerte. También piensa en Mei, la china con el bolso de marca que la miraba sin verla. Poco a poco los recuerdos van dejando lugar al monólogo interior. La culpa no es sólo mía. También es vuestra. Sois vosotras las que habéis hecho de mí un ser invisible. Cómo si no se explica que la detective y su ayudante no hayan relacionado vuestras muertes. Que no hayan visto las diminutas manchas de sangre seca en las agujas de punto. Que no se pregunten por qué los dos asesinatos ocurrieron al mismo tiempo que una niebla espesa lo invadía todo. O que no se imaginen que esas mismas agujas, un día de niebla, quieran cobrarse otra víctima. Otra mujer. Tal vez, una agente de policía.

Mila Martínez Giner. Nací en Madrid, en el año 1957, y actualmente vivo en Barcelona. Soy licenciada en Filología Inglesa, tengo un posgrado en Estudios Interculturales (Dublin City University, en Irlanda) y otro en Traducción jurídica (Universidad

Autónoma de Barcelona). Desde los años 90 trabajo por cuenta propia como traductora generalista, audiovisual y técnica. He vivido más de 6 meses en varios países: Holanda, Estados Unidos, Australia e Irlanda.

Me gusta muchísimo leer, escribir, viajar, ver cine e ir al teatro y caminar. Además del castellano y el inglés, hablo catalán, tengo pendiente refrescar mi francés y estoy aprendiendo alemán.

Lo que más valoro es la capacidad de amar. Lo que más temo es el miedo.



# La niebla

Javier Beotegui Zubizarreta

La niebla caía con fuerza, pesada, sobre las desiertas y solitarias calles. El verano hacía tiempo que se había llevado el sol y arrastrado con él a todos los veraneantes estacionales que saturaban el pueblo. Ya sólo quedaban allí los habituales, los de siempre, aquellos que o bien no tenían más remedio que permanecer en la villa o no sentían deseos de irse a vivir a ninguna otra parte.

Avanzando con lentitud por la ciudad a estas primeras horas de la mañana, podía sentirse en profundidad cómo la humedad y el frío matinal se iban introduciendo, imperceptibles, a través de la urdimbre de la ropa, hasta depositarse en el fondo de los huesos.

Atravesando las estrechas y desiertas calles envueltas en la bruma, se le adivinaba caminar, sin prisa, pero sin detenerse un instante, enfundado en su inseparable gabardina azul Bilbao. Cada metro que recorría, la niebla se hacía más densa y espesa a su alrededor, y la visibilidad se reducía considerablemente, hasta incluso impedirle ver dónde apoyaba sus pies. Se escuchó un ruido sordo más allá, y, casi al unísono, alguien pasó por su derecha corriendo con denodada rapidez, golpeando con violencia contra su hombro. «Eh, usted, tenga más cuidado», gritó mientras se tambaleaba, pero no obtuvo respuesta. Únicamente quedó la sombra del eco de su grito, aprisionada entre la bruma que con pesadez se deslizaba calle arriba.

Se detuvo un momento intentando afianzarse en el sitio para poner en orden su gabardina y recomponer su figura. Llegó a la esquina murmurando, y ya se disponía a cruzar la calle, cuando sus pies tropezaron con algo que le hizo precipitarse violentamente contra el suelo. Lanzó un sonoro juramento que la niebla engulló en un suspiro. Estuvo un instante tumbado allí, sobre la acera desnuda, desconcertado, evaluando los posibles daños que el estúpido golpe le hubiera causado. Gracias a Dios había podido esquivar impactar con la cara sobre el asfalto. Se incorporó maldiciendo y jurando en arameo. Una vez de pie, se limpió la ropa y volvió sobre sus pasos, intentando ver con qué demonios podía haber tropezado. Se acercó con lentitud,

tanteando el suelo con los pies para evitar tropezar y caer de nuevo.

No había recorrido un metro cuando golpeó con algo firme y blando, y por lo que parecía, voluminoso. La espesa niebla le impedía ver absolutamente nada. Se agachó para observar mejor aquella cosa, aquel objeto, intentando apartar la bruma con sus manos, mediante un movimiento de aleteo automático y totalmente pueril. Al acercarse pudo distinguir el cuerpo de una persona, parecía una mujer, envuelta en lo que se asemejaba a un gabán oscuro. Se encontraba tendida sobre la acera, justo en el lugar donde había tropezado.

Su primera reacción fue incorporarse de un salto y echarse hacia atrás hasta que su espalda se encontró con la húmeda pared. Estaba sorprendido y asustado. «¡Un cadáver!», fue lo primero que le vino a la mente. Se acercó de nuevo, después de recuperar un poco de aliento y rebajar el ritmo incesante de los latidos de su corazón, e intentó encontrar en ella algún síntoma de calor y de vida que le confirmara de alguna manera que en realidad no estaba muerta.

Puso la mano sobre su yugular, como recordaba que se hacía en todos aquellos cientos de películas policíacas que había visto en su vida, y, conteniendo la respiración y cerrando los ojos, esperó encontrar algún latido firme. Le pareció que aquel instante pasaba con una lentitud insoportable, tanto que tuvo conciencia de la

eternidad del momento. Al poco sintió que estaba allí, bajo su mano, el sordo y hueco latido que delataba la vida. Soltó aliviado el aire que inconscientemente había estado reteniendo y una mueca mezcla de tranquilidad y calma se dibujó sobre su cara. «Menos mal, está viva».

Trató después de incorporarla para conseguir apoyar su cuerpo contra la pared. Necesitó un par de intentos para conseguirlo, nunca había imaginado que fuera tan difícil poder manejar a una persona que se encontrara inconsciente. No sabía ni por dónde agarrarla. Además, la niebla le tenía desorientado, le saturaba y sentía que le aturdiría los sentidos. Consiguió colocar el cuerpo en una postura estable e intentó reanimarla elevando su cara y proporcionándole unas pequeñas y suaves bofetadas. Esto también lo había visto hacer en las películas, cómo no. Al cabo de unos segundos sintió que se movía, escuchó un leve quejido y observó cómo al pronto comenzaba a alzar las manos intentando protegerse y liberarse de aquellas otras que, con suavidad pero con incómoda constancia, acariciaban su rostro.

—¿Qué es lo que hace? ¿Quién es usted? Déjeme —gemía sin convicción, mientras su espalda y su nuca se apretaban contra la pared en un gesto de defensa.

Al escuchar su voz se detuvo, apartándose un poco mientras la tomaba de las muñecas para evitar que le alcanzaran sus manos.

—Está bien, no se asuste. Ya le suelto. Dígame, ¿cómo se encuentra? —preguntó él.

Le respondió con una serie de sonidos ininteligibles. Soltó sus muñecas y esperó a que se espabilara y volviera al mundo real antes de volver a insistir de nuevo con las preguntas.

—¿Se encuentra usted bien?

Ella abrió los ojos y los fijó en él. Se asustó al verle allí, lo que hizo que se incrustara aún más contra la pared, alzando ambas manos como para protegerse de algo inesperado.

—No se asuste, por favor. Está en buenas manos. Tranquilícese.

Su mirada denotaba temor y sorpresa. Al ser consciente de que se encontraba sentada sobre la acera en una postura absurda y de indefensión, intentó elevarse mientras con una de sus manos se mesaba asustada los revueltos cabellos. La intentó ayudar, tomándola del brazo.

—¿Se encuentra usted bien? —insistió.

—¿Eh? Sí, creo que sí —contestó sin ninguna seguridad, desorientada, atusándose la ropa—. Gracias.

Se encontraba un poco aturdida, podía notarlo con absoluta claridad a pesar de la espesa niebla.

—¿Que le ha sucedido?

—No lo sé, no recuerdo nada. Choqué con alguien, o algo me

golpeó, no sé, y debí caer al suelo.

Le vino a la cabeza de repente el individuo con quien había sufrido el encontronazo momentos antes de tropezar y caer de bruces. Estaba casi seguro que había sido el mismo individuo quien la había golpeado.

—Sí, yo choqué con un individuo momentos antes de tropezar con usted. Pasó como una exhalación y por poco no me tira al suelo a mí también.

La mujer se echó las manos al costado, palpando entre la niebla, como buscando algo que debiera estar allí y ahora faltaba.

—Mi bolso —dijo—. No está.

Se agachó a buscar en el húmedo suelo con las manos desnudas, intentando localizar el bolso en los alrededores. La niebla se mostraba densa y persistente y no había forma de ver nada, más allá de la distancia de la propia nariz. Se arrodilló él también para ayudarle en su búsqueda. Extendió su mano hacia la derecha y sintió un objeto metálico que brillaba sobre el suelo. Se acercó lentamente y lo cogió. Lo notó firme y pesado, frío y húmedo. Se lo acercó a la cara, comprobando que realmente era lo que le había parecido en un primer momento. Una pistola. Sintió un leve escalofrío. La tomó por el cañón con dos dedos. Nunca le habían gustado las armas de fuego.

—¿Es suyo... esto? —preguntó mientras se incorporaba.

Se acercó hacia él, al ver el arma abrió los ojos con expresión de inusitada sorpresa.

—No, por supuesto que no. ¡Qué cosas tiene!

—Ahora lo entiendo todo, ese individuo... con quien tropecé hace un momento... Seguro que ha intentado atracarla... Esta vez ha tenido usted mucha suerte.

—Suerte, sí, supongo que sí. Ahora, si no le importa, ayúdeme a buscar mi bolso por favor.

Desapareció discretamente entre la bruma mientras se agachaba. Volvió a arrodillarse y tanteó en el suelo húmedo por segunda vez. Escuchó su voz amortiguada por la niebla.

—Aquí está. Lo he encontrado.

Se alzó y se dirigió hacia donde había percibido que procedían sus palabras. Al acercarse pudo sentir como revisaba el contenido del bolso.

—¿Está todo? ¿Le falta algo?

—No, parece que está todo.

—Seguro que no era un atracador muy profesional. Se deja la pistola y se va sin el bolso. Debió asustarse al escuchar el ruido de mis pasos. Vaya negocio que ha hecho.

—Sí, mucha suerte. ¿Dónde está la pistola?

—Aquí —la levantó ante sus ojos para que pudiera verla bien.

—Démela, la guardaré en mi bolso por si acaso.

Y diciendo esto se la arrebató de las manos con seguridad y aplomo.

—Tenga cuidado. Es posible que esté cargada.

Ella le miró directamente, con ojos firmes.

—Naturalmente que lo está. ¿Para qué demonios sirve un revolver sin balas? —respondió ella con un deje de ofensa.

—Ah, ¿y cómo lo sabe?

—Bueno, lo sé porque es mía. La he cargado antes de salir.

—¿Suya? ¿Pero no me dijo que...?

—No quería asustarle.

—Ya. ¿Y para qué demonios va usted con pistola?

—Para trabajar, evidentemente.

—¿Para trabajar? ¿Acaso es usted policía? ¿Agente de seguridad?

—Jajaja —rió con ganas, echando su cabello hacia atrás—. No, no soy policía. Ni guardia de seguridad, ni nada que se le parezca en realidad. Llevo un mal día. Se me ha escapado el primero, pero le aseguro que no se me va a escapar otro. Así que, si no le importa saque su cartera y deme todo lo que tenga. Y espero por su bien que sea suficiente para satisfacerme. No estoy de humor esta mañana...



Y al mismo tiempo que escuchaba estas palabras sintió como a través de la niebla surgía un negro y profundo cañón que le apuntaba directamente entre los ojos...

Javier Beotegui Zubizarreta. Ingeniero en Informática por la Universidad de Deusto, escritor, poeta, dramaturgo y actor de teatro en los grupos Clan Konstantin, y Trocadero Teatro de los que es socio fundador.

